

# “Arraigados en Dios”

**Para leer la Biblia con provecho**

Devocional  
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán  
“Zeit mit Gott”

Tema: El Señor es Rey – Salmo 93 y 94  
(19 días)

**Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.  
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen**



## **El Señor es Rey – Salmo 93 y 94 (19 días)**

Día 1

Sal. 93:1-5; Éx. 15:18

¡El Señor es Rey! Como un fuerte toque de fanfarria, escuchándolo hasta de muy lejos, comienza este salmo. Todo el mundo lo debe saber: “¡El Señor es Rey!” Aquí no se trata de una forma mundana de gobernar, sino del derecho de Dios frente a su pueblo: Leamos Éx. 19:6a y 1.P. 2:9.

Además Él es el “Rey de todos los tiempos”, el “Rey eterno”. Él tiene el control de la historia mundial en su mano. “Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén” (1.Ti. 1:17; lea Dn. 4:34; Ap. 19:16; Sal. 24:7-10; 47:6-8).

Lo que es válido en los asuntos mayores, incluye con más razón a nuestro pequeño ámbito de vida, en forma especial a nuestro corazón. Aquí el Señor quiere gobernar como “Rey de reyes”. Hay muchos “pequeños reinos” en nuestras vidas donde nosotros queremos tener la última palabra.

¿Será posible que yo siempre tenga que tener la razón, que yo siempre sepa mejor que los demás? ¿Será posible que yo piense que tengo que saber todo de todos?; ¿me aferro a mi posición y no le doy libertad a otro para que pueda desarrollarse?; ¿me empuja la ambición, la impaciencia y la falta de misericordia? ¿Puede ser que yo siempre tenga que lucirme, para que otros me alaben?

Tanto más admirable es la manera en la que Jesús actúa con sus seguidores. Él nos ofrece un cambio fundamental: ¡Yo quiero ser tu Rey! dame tus “pequeños reinos” y escucha la suave voz del Espíritu Santo. Así acontece el milagro que nosotros, sus seguidores, representamos el reino al cual hemos sido llamados. (Lea Ap. 1:5,6.)

Día 2

Sal. 93:1-5; 94:1-23

Los Salmos 93 y 94 pertenecen al grupo de los salmos del Rey (del Sal. 92 al 100). Se puede vislumbrar cierto orden: *Salmo 93* nos abre la visión para el Rey. La realidad es que: “¡Dios es Rey!” se debe profundizar en nuestro conocimiento. Necesitamos el continuo contacto ocular con nuestro Rey. Así será posible mirar a través de la densa niebla de las preocupaciones a Aquel, que está sentado en el trono. (Lea Sal. 25:15; 123:1,2; He. 3:1; 12:2,3.)

Con cuadros impresionantes se describe aquí en el salmo el reinado de Dios: “Jehová se vistió de magnificencia, ... se ciñó de poder. Afirmó también el mundo, y no se moverá. Firme es tu trono desde entonces; tú eres eternamente” (v.1,2). Pero su reinado es atacado, su trono es amenazado por grandes y tormentosas ondas. “Jehová en las alturas es más poderoso que el estruendo de las muchas aguas, más que las recias ondas del mar” (v.4)

El *Salmo 94* sigue con los pensamientos del reino de Dios, pero utiliza palabras no tan figurativas. El trono del Rey está rodeado de hombres arrogantes, atacado de gente orgullosa, rebelde y burlona. ¿Hasta cuándo pronunciarán, hablarán cosas duras, y se vanagloriarán todos los que hacen iniquidad? (v.4).

El trono del Rey está sitiado de enemigos. Sin embargo de este trono viene la ayuda en el momento preciso: “Porque no abandonará Jehová a su pueblo, ni desamparará su heredad. Mas Jehová me ha sido por refugio, y mi Dios por roca de mi confianza” (v.14,22; Sal. 66:1-7; 9:1-10).

Esto nos alienta a contar hoy con nuestro Rey que gobierna. Mis preocupaciones y temores puedo dejarlos delante de Él, para que pueda seguir caminando tranquilo y confiado, aunque mi paso fuere por un valle oscuro.

Día 3

Sal. 93:5; 27:4,5

Podemos descubrir otra conexión entre los salmos 93 y 94: el Sal. 93 habla de una especial cualidad de la casa real: “la santidad conviene a tu casa, oh Jehová, por los siglos y para siempre”. En el Sal. 94 dice el salmista que ha entrado a esa casa: “Jehová me ha sido por refugio, y mi Dios por roca de mi confianza” (v.22).

No estamos solos en el campo de la batalla de la vida. En las situaciones de conflictos cotidianos podemos refugiarnos confiadamente junto a nuestro Dios. “Bienaventurado el que tú escogieres y atrajeres a ti, para que habite en tus atrios; seremos saciados del bien de tu casa, de tu santo templo” (Sal. 65:4; lea Sal. 84:1-12).

Hay una tercera línea paralela entre los dos salmos: el Sal. 93 muestra al Rey como una persona soberana: “Jehová reina; se vistió de magnificencia; Jehová se vistió, se ciñó de poder”. El Sal. 94 habla del actuar soberano, de sus acciones como Juez: “Dios de las venganzas, muéstrate. Engrandécete, oh Juez de la tierra”. Él es el real emperador sobre todo lo que acontece en la tierra. Aun los ataques más fuertes contra su trono y contra sus seguidores, no le pueden hacer tambalear. Él es y sigue siendo el Señor y Juez todopoderoso. Él mantiene el control de los sucesos en este mundo en su mano poderosa. “Jehová es nuestro juez, Jehová es nuestro legislador, Jehová es nuestro Rey; él mismo nos salvará” (Is. 33:22).

También allí, donde por ahora no vemos nada del gobierno de Dios, ahí donde las situaciones no son claras, sino inseguras y turbias, es importante confiar en Él. Con toda seguridad, Él nunca nos dejará caer. (Lea Sal. 118:13-16.)

Día 4

Sal. 93:1,2; 145:1-13

Después del corto vistazo general acerca de los dos salmos, meditaremos ahora acerca del Rey y de la vida en su reino. El Sal. 93 comienza con la afirmación: “Jehová reina”, “el Señor es Rey”. Nunca hubo un tiempo en el que Dios no era Rey. Él “afirmó también el mundo, y no se moverá. Firme es tu trono desde entonces; tú eres eternamente” (v.1b,2). En el v.5 se confirma que Él seguirá siendo Rey para siempre: “Tus testimonios son muy firmes; la santidad conviene a tu casa, oh Jehová, por los siglos y para siempre”. (Lea Jer. 10:6,7,10a; Ap. 15:2,3; 17:14.)

¿Acaso no vivimos muchas veces así, como si tuviésemos un Dios que actuaba solamente en los tiempos pasados, y un Rey, que interviniera sólo en tiempos futuros? Muchas veces dejamos de lado el tiempo presente y por eso nos deprimimos y nos resignamos.

Hoy, en nuestro tiempo, ahora, en este momento, Dios es el presente Señor. Él es nuestro Rey, que gobierna hoy. Los superiores no son, ni Satanás, ni los poderes de la oscuridad. Tampoco las circunstancias dominan totalmente mi vida. No estoy a la merced de hombres ni de poderes espirituales. Tampoco maquinaciones oscuras me pueden atacar. Sigue siendo verdad: Dios es Rey, y yo pertenezco a Él y a su reino.

¡Aférrense a esa realidad irrevocable Él actúa de manera liberadora y trae gozo! Esto cambia fundamentalmente el estado de ánimo. Nos saca del rodeo de los pensamientos, los pánicos y los temores, transformándonos en mensajeros del Rey. “¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sion: Tu Dios reina!” (Is. 52:7; lea Sof. 3:14-17).

Día 5

Sal. 93:3,4; 65:5-8

“¡El Señor es Rey!” “Todos los impresionantes poderes caóticos que asedian al mundo se desvanecen ante el Dios soberano y superior sobre todas las cosas” (H. J. Kraus). “El estruendo de las muchas aguas” y los poderosos vientos no pueden sacar a nuestro Rey de su trono. El Señor en las alturas aún es más grande y más poderoso. Tenemos a un Dios que sobrepasa todas las cosas y que en su tiempo mandará el final de todas las fuerzas contrarias.

Aunque pareciera que el “bote” de nuestra vida pronto se hunde, sigue siendo verdadero: “Jehová en las alturas es más poderoso”. ¿Acaso el Señor, quien con Su Palabra creadora levantó toda la creación de la nada, quién manda a las fuerzas naturales y los hace callar, no podrá calmar nuestros corazones temerosos por medio de Su Palabra? (Lea 2.R. 20:1-7; Sal. 107:19-22,28,29; Mt. 8:23-27; 14:29-33.)

El matrimonio Elisabeth y Gerhard Schnitter testificaron, que Dios los llevó en sus brazos atravesando un tiempo de mucho sufrimiento. ¡Qué consuelo!, si nosotros junto con ellos podríamos testificar: “Pero el Señor aún es mayor, mayor de lo que yo pueda pensar. Él ha creado todo el mundo, todo está bajo su mando. Las olas del temor se acercan a mí, me aprietan y frenan, me quitan la calma. ... Las olas de culpa me sobrepasan, me aplastan, bloquean y se aumentan cada vez más. ... Las olas del sufrimiento cautivan mi vista, oscurecen y paralizan, me tiran hacia atrás. ... Las olas de la preocupación inundan el día, me atemorizan, molestan y me atormentan”. Pero el Señor hace un camino a la rivera salvadora: “A través de las muchas olas, Él me lleva a tierra firme. Asegurado y lleno de gozo me tomo de su mano. Aunque el estruendo sea muy grande: Él camina sobre las olas, y Él no me suelta jamás”.

A Él nos podemos entregar con toda confianza. (Lea Sal. 46:1-5,10,11; 29:10,11; Is. 43:2; Job 38:8-11.)

Día 6

Sal. 93:1-5; Éx. 14:1-3,24-31

¿Por qué se nos pone el supereminente poder de Dios tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento ante nuestros ojos? (Lea Ef. 1:19-22; 1.P. 3:22; 1.Jn. 4:4; 5:4.) “Tan grande es la superioridad de Dios, que las recias olas del mar no llegan ni siquiera a las gradas de su trono. Irrebatible es Su poder en las alturas. Ese reconocimiento, de que la rebelión de poderes terrenales no pueden hacer peligrar el dominio de Dios, tiene un gran poder convencedor. Su poder creativo no sería omnipotencia, si fuese diferente. Pero una cosa es saber acerca de esto, y otra cosa es realmente mantener firme esa convicción en tiempos tormentosos de la historia. Para eso se necesita la fe, que esté anclada en los testimonios irrompibles de Dios” (H. Lamparter).

“Tus testimonios (decretos, las leyes de Dios) son muy firmes” (v.5; Sal. 33:4) Nuestra fe viene de la Palabra de Dios (Ro. 10:17) y se afirma por el arraigo en la Palabra de Dios (Jer. 17:8). Esto afirma: la fuerza espiritual y la madurez surgen de escuchar la Palabra y profundizar en ella. ¿Nos tomamos tiempo para esto? ¿O más bien nos asemejamos a árboles con raíces superficiales?

¿Cómo podremos superar la lectura bíblica superficial? Una ayuda sería poner prioridades, seleccionar lo importante, organizar y planear la lectura bíblica manteniendo regularidad y hacerlo con creatividad (Col. 3:16).

Algunos creyentes sufren por falta de concentración y de que rápidamente se olvidan de lo leído. Jesús lo tiene en cuenta. Una ayuda podría ser leer el texto en voz alta (comp. Dt. 6:5-9; Pr. 3:3; 4:21; Lc. 8:15), subrayar textos según cierto sistema con diferentes colores o reflexionar la lectura en oración. También ayudará el tomar nota de algunos textos. De esta manera se graban más en la memoria como los vocablos anotados en una ficha.

Día 7

Sal. 93:2,5; 1.P. 1:15,16

En estos dos versículos habla el salmista personalmente a Dios. El Rey de reyes es honrado y adorado en su santidad. La santidad de Dios es como una barrera ante la cual deberíamos quedarnos parados, si Él mismo no nos hubiera abierto un camino.

Esto aconteció con la muerte del Señor Jesucristo en la cruz del Calvario. Ahí el santo Dios juzgó nuestro pecado y nos ofrece su justicia. De manera muy impresionante describió el apóstol Pablo esa realidad a los corintios: “¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ... ni los avaros, ... heredarán el reino de Dios. Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” (1.Co. 6:9-11; Hch. 26:18).

Por Jesús hemos sido justificados y santificados delante de Dios, incluso hemos sido hechos perfectos para siempre (1.Co. 1:30; He. 10:14).

El Padre nos ve cubiertos completamente por Cristo y por eso hechos perfectos por Él, - aunque nosotros no lo experimentamos así. ¡Cuántas heridas y cuanta dureza están todavía en nosotros! Nos desanimaríamos, si comprendiésemos este duro mandato hacia nosotros: “¡sed santos, porque yo soy santo!”. Esto nos sobre exigiría por completo. Pero justamente eso no quiere nuestro Señor.

El Rey de todos los reyes nos ha hecho hijos del Rey, y ahora debemos aprender a vivir y crecer en esa dignidad y nueva posición. No estamos solos. Como hijos del Rey tenemos a un singular consejero. Él, el Espíritu Santo, nos cuida y nos motiva a purificarnos diariamente y someternos a la voluntad del Rey. (Lea Ef. 4:17-32.)

Día 8

Sal. 94:16; Ef. 6:10-13

Como en el Sal. 93 vimos al Rey superior y soberano, el Sal. 94 nos lleva al lugar de las situaciones terrenales, el lugar de las dificultades. “Hasta cuándo, oh Jehová, se gozarán los impíos? ¿Hasta cuándo pronunciarán, hablarán cosas duras, y se vanagloriarán todos los que hacen iniquidad?” (v.3,4). El contraste entre el Rey todopoderoso y los conflictos de los creyentes es muy grande. Los seguidores del Rey están muy atacados. Ellos luchan contra la incredulidad y el orgullo. Ellos sufren escarnio y desprecio, rechazo y opresión, difamación y violencia.

Jesús anunció a sus seguidores: “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece” (Jn. 15:18,19; lea Jn. 16:1-4,33; Mt. 10:28-32).

También Pablo conocía por experiencia propia, lo que significan persecuciones. Cuando él y sus compañeros volvieron a Iconio y Antioquía, se nos dice de ellos: “confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hch. 14:22).

De una u otra manera también nosotros experimentamos resistencia. La presión aumenta, la falta de orientación se agrava, cuánto más se aleja un pueblo de Dios y de su buena Palabra, y cuánto más el hombre se vuelve como el Señor de todas las cosas.

Pablo llegó a ser ejemplo para muchos creyentes por su actitud: “Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios” (Hch. 20:24; lea 1.P. 4:1,2).

Día 9

Sal. 94:1-7; 10:11-14

Encima de toda la presión externa se agrega el ataque a la confianza. Ésta es una especial y descarada mentira que el enemigo declara: que Dios no se preocupa por mis situaciones. Aquí no se niega la existencia de Dios, sino su interés por nosotros y su amor hacia nosotros. Pero Dios no pierde de vista a sus amados. Él ve, escucha y sabe todo lo que se está planeando en contra de ellos. Los pensamientos, palabras y hechos impíos están bien conocidos ante Él. (Lea Sal. 34:15-19; Is. 36:13-21; 37:5-7.)

Los opresores del Sal. 94 piensan que Dios no sabe ni conoce lo que ellos están haciendo: “Y dijeron: No verá Jah, ni entenderá el Dios de Jacob. Entended, necios del pueblo; y vosotros, fatuos, ¿cuándo seréis sabios? El que hizo el oído, ¿no oirá? El que formó el ojo, ¿no verá?” (v.7-9) ¿Cómo no conocerá Él, quien dio el conocimiento a los hombres, todas las cosas? Más aún, Él tiene muy en cuenta las ofensas y agravios y nada de esto lo deja pasar. Por eso los desamparados e impotentes pueden confiar en Él. Su destino está en la mano de Dios.

¿Por qué el orador está tan seguro? Él lo sabe por la historia de Dios con su pueblo. En aquel tiempo, cuando los oprimidos israelitas se quejaban y lloraban, Él vio su necesidad y sufrimiento y dijo: “bien he visto la aflicción de mi pueblo, ... he conocido sus angustias, y he descendido para librarlos de mano de los egipcios y sacarlos de aquella tierra” (Éx. 3:7,8).

“Dios me ha confiado su número telefónico\*. Sin número secreto o PIN puedo contactarlo en cualquier momento: “E invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás”. Dios me señala así su disposición continua de atención” (H. Steinacker; comp. Sal. 91:15).

\*Los números del Sal. 51:15 se titulan a veces como el número telefónico de Dios.

Día 10

Sal. 94:7,11,19; Is. 49:13-16

“El Señor tendrá misericordia de los pobres”. Esto podemos aplicar también a nuestras aflicciones muy particulares. Él prometió: “cambiaré su lloro en gozo y los consolaré, y los alegraré de su dolor” (Jer. 31:13b). La palabra “pena” o “pesar” antiguamente significaba también escombros, desperdicios, carga, fatiga, aflicción, necesidad, opresión. Estar afligido y preocupado nos entristece, nos cansa y nos quita la fuerza. Un estado así nos paraliza y no da lugar al gozo. “El corazón alegre hermosea el rostro; mas por el dolor del corazón el espíritu se abate” (Pr. 15:13).

¿Cómo se puede salir de una situación así? El Rey mismo viene para ayudarnos. Él, que juzga lo malo y consuela a los oprimidos, los alienta nuevamente y les otorga una nueva perspectiva. “En la multitud de mis pensamientos dentro de mí, tus consolaciones alegraban mi alma” (v.19; lea Sal. 37:23,24).

*Ana*, que sufrió profundamente por las humillaciones y el desprecio de Penina, derramó su corazón delante de Dios: “por la magnitud de mis congojas y de mi aflicción he hablado “ (1.S. 1:16-20; 2:1-4).

El *pueblo de Dios*, al tomar conciencia de su pecado, estaba conmovido y triste, pero Nehemías lo consolaba: “no os entristezcáis, porque el gozo de Jehová es vuestra fuerza” (Neh. 8:10).

Cuando los discípulos criticaron a *María*, por el aparente desperdicio del perfume precioso, Jesús dijo a ellos: “¿Por qué molestáis a esta mujer? Pues ha hecho conmigo una buena obra” (Mt. 26:10).

Nos damos cuenta: que el Señor ve nuestra tristeza y pena, y Él nos da descanso al quitarnos la carga. Pero también debemos tener en cuenta: “Echa tu preocupación y dolor al corazón amante de Jesús, que es poderoso para ayudarte. Cuando la aflicción te atormente, cuando todo te falte, entonces corre al que tiene misericordia de ti. Él, que se compadece de ti, alivia tu carga y la levanta con sus poderosas manos” (según G. F. Fickert, 1758-1815; comp. Is. 50:10; Sal. 55:22).

Día 11

Sal. 94:19; 68:19,20

“En la multitud de mis pensamientos dentro de mi, tus consolaciones alegraban mi alma”. En un grupo de estudio bíblico casero, una participante contaba, cómo recibió consuelo en su gran aflicción:

“Todo empezó con la repentina muerte de una muy querida amiga. ¿Por qué tenía que morir justo ella a tan temprana edad? Ella siempre estaba disponible para nosotros, ella oraba por nuestra familia, nuestros hijos la querían mucho. A ella le gustaba hacer sorpresas. Ella era mi compañera confidente con la que podía compartir gozo y tristeza. Y ahora ¿ya no estaría más? Yo sabía que ella estaba con Jesús, pero mi corazón estaba muy revuelto, triste y consternado.

Poco después se enfermó mi madre y también ella murió una semana después de una operación. Muchas veces fui al cementerio, para dar lugar a mi tristeza.

Otro hito fue el cambio de profesión de mi esposo. Nuestra regular vida familiar sufría bastante por eso. En algunos días de la semana nuestros hijos no veían a su padre, porque salía muy temprano y volvía muy tarde.

Cómo aún no fueran suficientes todos estos cambios, al comienzo del próximo año murió también mi padre por un infarto de corazón. Yo extrañaba mucho a mis padres, y los chicos sufrían por la falta de sus queridos abuelos. Ya no llegaban cartas de ellos, ni llamadas telefónicas ... ¿Acaso no era suficiente toda esa carga en pocos meses?

Y aun mas, a mi esposo le diagnosticaron algo grave, que me hizo gritar: ‘Dios, ¿dónde estás tú? Por favor, no permitas esto’.

Tuve ataques de temor, mis pensamientos y sentimientos daban vueltas y no había salida. Necesitaba días, incluso semanas, hasta que pude ordenar mis pensamientos y expresarlos delante de Jesús. Para esto sentía la ayuda de los salmistas, que derramaron su corazón y su dolor sin reservas delante de Dios”. (Lea Sal. 77:1-20; 73:1-28.)

Día 12

Sal. 94:18,19; Zac. 10:11,12

“Esperad en él en todo tiempo, oh pueblos; derramad delante de él vuestro corazón; Dios es nuestro refugio” (Sal. 62:8).

“¿Qué me ayudó a seguir adelante en esas situaciones críticas? Poco a poco aprendí que las crisis también son en sí oportunidades. Conscientemente hice un cambio de mirada, sacando mi vista de los pensamientos de pérdida, que me tenían atrapada, mirando hacia Dios, que no me abandonó ni un momento en todo lo difícil e incomprensible.

Hacia nuestros amigos se desarrollaba una relación más profunda y una apertura nunca antes experimentada. Estrofas de himnos u otras canciones más modernas, que fueron compuestos en situaciones pesadas, semejantes a las mías, me consolaron. Además profundicé mi lectura bíblica en el “libro de consuelo de Isaías”, y apliqué para mí personalmente el ‘No temas’. Esto lo estoy aplicando hasta el día de hoy.

En aquel tiempo leía también un artículo de la hermana Magdalene Rodewald (comunidad de Adelshofen), que expresaba exactamente mi situación: ‘Yo quiero alentarle, en situaciones de crisis, a derramar ante Jesús su corazón. Con toda seguridad Él le escucha, aunque usted no experimentará enseguida un milagro. ¿Acaso no es así que uno percibe en tales momentos las aflicciones y temores mayores de lo que realmente son? Como gigantes aparecen delante de uno los dolores, temores y situaciones sin salidas. En tales momentos es decisivo hacia dónde miran nuestros ojos. ¿A los gigantes?; o ¿decidimos cambiar la dirección de mirada hacia Jesús, nuestro Señor, quien tiene todo el poder en el cielo y en la tierra?

Ese cambio de mirada es lo importante: sacar los ojos de la aflicción y ponerlos en Jesús. La mirada a Jesús nos salva de la desesperación. Él ve mi dolor, Él conoce la más profunda angustia, el sentirse incomprensido y también culpable.’” (Lea He. 12:2,3; Hab. 3:18,19; Sal. 121:1-8.)

Día 13

Sal. 94:1-7; 9:7-10

El salmista no cae víctima del adversario. Él se movió del lugar de las dificultades al lugar de la oración. Sea lo que fuere, que le acontezca, él se dirige a Dios. Ni calumnias ni persecución le pueden estorbar el hablar con su Rey: “Jehová, Dios de las venganzas, ¡muéstrate ...! ¡Engrandécete, oh Juez de la tierra! ¡Da el pago a los soberbios!”

El nombre “Dios de las venganzas” nos puede extrañar. “Muy a menudo los ignorantes hablan acerca de ‘los terribles salmos de la venganza’. Aquel que conoce el libro de los salmos, no hablará así. Aquí la expresión ‘venganza’ se refiere a juicio.

Pero el concepto de juicio significa arreglar lo que estaba mal, dar fin a la injusticia. El que odia a la injusticia, amará al juez. De que la conducta del creyente en el Nuevo Testamento sea diferente que la del Antiguo Testamento, solo hizo posible el crucificado, quién llevó el castigo y el juicio allí en la cruz. (Lea Ro. 3:23-26; 2.Co. 5:21; 1.P. 2:24.)

Pero aquel que no se refugia junto a Dios, perderá este gran don de gracia. - Aquí el salmista no hablaba de cuestiones privadas, sino él sufrió con el pueblo de Dios que fue oprimido e indefenso” (H. Brandenburg).

En aquel tiempo el rey debía hacer justicia según los mandamientos declarados en la ley. (Lea Dt. 17:18-20.) Por eso el salmista tiene todo el derecho de dirigirse en su situación al Rey de reyes y pedirle su justo juicio. “El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?” (Gn. 18:25b; lea Sal. 98:8,9; 48:10; 103:6)

“Lo que te aflige en tu corazón, Dios lo pone en su luz, pregúntale a Él y no te intimides, ¡cuenta con Él! Cuenta con Él, solo con Él, aunque todo se levante en tu contra, ¡cuenta con Él!” (H. E. Alexander).

Día 14

Sal. 94:1-7

“Dios de las venganzas, ¡muéstrate!” El orador no pretendía hacer juicio él mismo sobre sus enemigos. Él tuvo en cuenta la instrucción bíblica, de dejar en manos de Dios el juicio y el ajuste de cuentas acerca de toda la maldad. Dios es el único que tiene el derecho de hacer juicio en Su tiempo. “No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor” (Ro. 12:19; lea Lv. 19:18; 1.S. 24:12-14).

El orador determinó no adelantarse de ninguna manera al obrar de Dios, sino dejar el asunto en oración a Él. La tentación es grande de vengarse a sí mismo, de manera oculta o visible. Pero el orador entrega toda la cuestión a su Dios.

La oración es el arma más efectiva, que se nos otorgó, al sufrir injusticia, experimentar desprecio, humillación y hostigamiento. “Ciertamente yo buscaría a Dios, y encomendaría a él mi causa; el cual hace cosas grandes e inescrutables, y maravillas sin número” (Job 5:8,9). “Oh Dios de mi alabanza, no calles; porque boca de impío y boca de engañador se han abierto contra mí; han hablado de mí con lengua mentirosa; con palabras de odio me han rodeado, y pelearon contra mí sin causa. En pago de mi amor me han sido adversarios; mas yo oraba” (Sal. 109:1-4).

Un hombre contaba: “en una situación muy precaria laboral derramaba mi asunto delante de Dios. Mientras aún oraba, Dios me prometió: ‘Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos’ (Éx. 14:14). Esto lo ha realizado de manera maravillosa, que a mi me quedó solo el asombro y el agradecimiento”. (Lea 1.P. 2:21-23; 4:19.)

Día 15

Sal. 94:8; 74:22

Durante su oración el oprimido salmista habló de “necios y fatuos”. Aquí no se trata de falta de inteligencia, sino falta de conocimiento de Dios. En el libro de “Proverbios” el rey Salomón describió de varias maneras la necesidad de los insensatos (1:7,22; 8:5; 10:23; 14:8,24; 15:2,7,14; 18:6,7). Un *necio* es un hombre, que en su manera de pensar y vivir suelto de Dios, se mantiene incorregible, que no comprende y por eso hace mucho daño.

También en el Nuevo Testamento encontramos necesidad. “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente”. “Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios” (1.Co.2:14; 1:23,24; Ro. 1:18-22).

Hasta el día de hoy muchos hombres se molestan y se incomodan escuchar acerca de Jesucristo, el crucificado. Ellos no entienden por qué tenía que derramarse sangre y catalogan a Dios como “carnicero”, y que de ninguna manera puede ser un Dios de amor. ¿Por qué se debe derramar sangre? Porque la vida solo se puede pagar con vida (Lv. 17:11; Éx. 21:23).

Para ahorrarnos a nosotros el castigo y la muerte por el pecado, Dios ha dado a Su Hijo como el “Cordero de Dios” (Jn. 1:29). Él es el inocente sustituto, que con la entrega de su vida redimió hombres pecadores. ¡Si esto no es amor!

“Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida” (Ro. 5:8-10).

Día 16

Sal. 94:10-15; Pr. 15:32

El salmista reconoció que Dios le quiso corregir y enseñar justo en situaciones difíciles. En opresión y tremendas contrariedades y resistencia él confesó: “Bienaventurado el hombre a quien tú, Jah, corriges, y en tu ley lo instruyes”.

Aunque para nosotros suene duro, sin embargo: en tiempos de aflicción experimentamos de forma especial la cercanía y el obrar de Dios en nuestro corazón, a diferencia de los tiempos buenos y tranquilos. Esto no lo comprendemos enseguida sobre todo en situaciones difíciles. A veces quedan preguntas sin respuesta para toda la vida. Por ahí también puede parecer, como que Dios estaría en contra de nosotros. Sin embargo debemos saber: A Dios no le agrada oprimirnos.

Esa experiencia la describió también el profeta Jeremías. Él habló sin miramientos acerca de esto: Lm. 3:1,7-9,19-27,31-33. Dios siempre tiene en vista lo mejor para nosotros. Él prometió: “Porque no contenderé para siempre, ni para siempre me enojaré; ...” “Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, ... pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis” (Is. 57:16; Jer. 29:11; comp. Pr. 3:11,12; 15:5; Sal. 66:10-12).

Viendo retrospectivamente su vida llena de muchas trabas y problemas, José pudo decir a sus hermanos: “vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo” (Gn. 50:20). José era semejante a “una rama fructífera junto a una fuente”, por eso sus ramas pudieron extenderse “sobre el muro” (Gn. 49:22-24).

Nosotros no debemos lastimarnos por el roce con “nuestros muros”, los límites que a veces nos parecen muy estrechos. Nuestro Señor nos ayuda a verlos como oportunidades y aceptarlos, para que crezcamos “como el árbol plantado junto a las aguas” de la Palabra de Dios, que maduremos y llevemos fruto que permanece. (Lea Jer. 17:7,8; Sal. 1:3; 146:5.)

Día 17

Sal. 94:16-18; Dt. 33:26,27

El salmista comentó de los peligros y temores que le rodearon, pero también de la protección divina. Llama la atención que él buscaba a alguien *que interviniera por él*: “¿Quién se levantará por mí contra los malignos? ¿Quién estará por mí contra los que hacen iniquidad?”

Por cierto es de gran ayuda, si tenemos amigos que nos acompañen y nos alienten, porque están a nuestro favor. Ellos pueden aconsejarnos, orar con y por nosotros. Pero, ¿qué sería, si Dios no estuviese a nuestro favor? El orador confiesa: “Si no me ayudara Jehová, pronto moraría mi alma en el silencio. Cuando yo decía: mi pie resbala, tu misericordia, oh Jehová, me sustentaba” (v.17,18) En medio del temor y de la inseguridad, Dios da seguridad y sostén. “Ensanchaste mis pasos debajo de mí, y mis pies no han resbalado” (Sal. 18:36; lea 1.S. 2:9a; Sal. 121:3).

En el camino de nuestra vida hay tropezaderos, baches del maligno, bloqueos de desaliento, lugares de peligros, que esparcen pánico y temores. Esto experimentaba una mujer joven, gravemente enferma. Ella testificaba: “Él me guía por sendas de justicia, aunque tenga varios baches.” En los días más oscuros de su vida, ella se mantuvo firme: Jesús está conmigo. Él está totalmente a mi favor y entra en acción para ayudarme. La promesa de Dios le consolaba: “no temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; ... siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia” (Is. 41:10).

“Tú eres mi fuerza, mi roca, mi refugio, mi escudo, mi poder; esto me dice tu Palabra; mi ayuda, mi salvación, mi vida, mi Dios fuerte aun en medio de muchas aflicciones; ¿quién podrá hacerme la contra?” (A. Reißner)

Día 18

Sal. 94:19-22; 2.Co. 1:1-5

El orador nos dejó ver el estado de ánimo de su corazón. Él dijo: “En la multitud de mis pensamientos dentro de mí, tus consolaciones alegraban mi alma”.

Dios toma parte de nuestra situación y se pone a nuestro lado con todo su amor. “Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo” (Is. 66:13a).

“Quizás hoy estamos muy afligidos por una razón muy particular. Pensamientos trabajosos, pensamientos lacerantes, pensamientos de tristeza o de desilusión, pensamientos temerosos, pensamientos confusos – todos estos nos pueden sobrevenir. Pero junto con ellos, en gran número vienen también las consolaciones celestiales. Las consolaciones de Dios nos alentarán tan pronto cuando les demos lugar en nuestro corazón, nos tranquilizarán y ‘amansarán’” (A. Carmichael; lea Is. 51:3,12; Sal. 71:19-21; 86:17; Jer. 31:13).

A pesar de los ataques del enemigo, el salmista estaba seguro bajo la protección de Dios. ¡Prestemos atención a la pequeña palabra: “pero”, “mas”! (v.22). Pensamientos de preocupaciones le inquietaban al orador, le quitaban la fuerza, y la fuerza de sus nervios, le apremiaban. Estas son realidades, hechos, que no se pueden cambiar. ¿Es cierto?

El orador sabe: Si las situaciones no cambian, yo puedo cambiar mi postura respecto a ellas. Yo quiero decir el: “pero” de la confianza. “Mas Jehová me ha sido por refugio, y mi Dios por roca de mi confianza”. No es siempre fácil llegar a esa confianza, sin embargo es posible. Pues por la fe nos unimos con el Señor, quien enfrentó los mayores ataques del enemigo y salió triunfante. Él, quien fue aprobado en el sufrimiento, Él nos consuela en nuestra aflicción: “en el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (Jn. 16:33). También podemos aplicar y experimentar en nuestras situaciones lo que dice en 1.Jn. 5:4. (Comp. He. 5:7; Ro. 8:18; 2.Co. 4:16-18.)

Día 19

Sal. 94:1-4,23; Ro. 16:20; Ap. 17:14

Como al comienzo, así también al final le importó al salmista aclarar que todo desquite o revancha está en las manos de Dios. Sin embargo hay una diferencia con los primeros versículos. Al comienzo vemos el llamado de emergencia, al final el de victoria – al comienzo las preguntas determinan la oración, al final brilla la certeza acerca de la victoria real. “El Señor nuestro Dios los destruirá”.

Con mucha seriedad el salmista ya señaló hacia aquel tiempo, en el que Satanás y la muerte y “el que no se halló inscrito en el libro de la vida” serán lanzados al lago de fuego (Ap. 20:10,14,15).

El fundamento de esa victoria final de Dios fue puesto, cuando Jesús exclamó en la cruz: “¡consumado es!” (Jn. 19:30). En la cruz, Jesús despojó “a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos” (Col. 2:15). Públicamente, ante los ojos de los hombres, Jesús consiguió la victoria sobre el pecado y las fuerzas de la perdición. ¡Sólo uno puede vencer y triunfar así!, Jesucristo el Hijo de Dios. (Lea 1.Co. 15:55-57; comp. Mt. 12:17-21.)

Esta verdad solo es reconocible por los creyentes. Al final del tiempo será visible para todo el mundo. Para unos será la más terrible de todas las revelaciones, para los seguidores de Jesús gozo indecible; usted lo puede leer en Ap. 21:1-4,8,27; 22:14,15.

Nosotros aún vivimos en la época en la que el Señor espera con paciencia que los hombres regresen a Él (2.P. 3:9). En este tiempo, aún en medio de los contratiempos en nuestra vida diaria, puede y debe percibirse ya algo de la victoria de nuestro Rey. Porque nuestras pequeñas victorias viven de Su gran victoria. (Lea 1.P. 2:9-12; 4:7-14.)